

## Índice

Introducción .....	9
Young Sánchez .....	15
OTROS CUENTOS	
Crónica de los novios del ferial .....	57
Chico de Madrid .....	65
El libelista Benito .....	75
Los bisoñés de don Ramón .....	87
Seguir de pobres .....	97
El autobús de las 7.40 .....	109
Santa Olaja de acero .....	125
Aldecoa se burla .....	145
La despedida .....	153
Patio de armas .....	161
Hermana Candelas .....	179
Los pozos .....	187
Un corazón humilde y fatigado .....	193

© Herederos de Ignacio Aldecoa

© Santillana Ediciones Generales, S. L.

© De esta edición:

2005, Diario EL PAÍS, S. L.

Miguel Yuste, 40

28037 Madrid

Diseño de la colección: Manuel Estrada

ISBN: 84-9815-033-7

Depósito legal: M-51.906-2004

Impreso en España por Mateu Cromo, S. A., Pinto (Madrid)

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. del Código Penal).

*A Manuel Alcántara*

*Del este al oeste, por toda  
la ciudad se oye un solo grito:  
el puente de Londres se ha caído y...  
John L. Sullivan ha puesto  
k. o. a Jake Kilrain.  
VACHEL LINDSAY*

I

Dejó el trozo de peine en uno de los ángulos del pequeño lavabo metálico con vaso en forma de cerola. Con las palmas de las manos se planchó el pelo hacia la nuca. Silbaba. No se molestó en limpiar el peine; lo dejó donde lo había encontrado, junto al grifo, que daba un hilo de agua y no se podía cerrar. Orinó en el sumidero de la ducha. Recogió su reloj de pulsera de las cabillas del grifo, que tenía cortada la tubería de conducción. Distraído tocó ligeramente la lengua de jabón, áspero y azul, que resbaló, y unos instantes estuvo barqueando por el fondo del lavabo. Con el pañuelo se secó la melenilla. Se ahuecó en torno del codo el cuello de la camisa, húmedo, gastado, seboso.

El cuarto olía a cañería de desagüe.

Desazogado estaba el espejo. Se le difuminaba el rostro en la neblina del cristal. Buscando dónde mirarse se alzó de puntillas. Movi6 la cabeza con re-

pende de escalofrío para desorganizar de un modo natural el cuidadoso peinado. Un mechón se le desprendió. Tenía la camisa abierta, y hundiendo la barbilla en el pecho, conteniendo la respiración, miró. Y remiró entre cejas para ver el efecto en el espejo.

El cuarto olía a pared mohosa y a toalla siempre empapada y sucia.

Le gustaba llevar el cuello de la camisa sin doblar. Le gustaba tener el pelo largo. Le gustaba mostrar el tórax por la camisa, abierta hasta el peto del mono. Le gustaba que un mechón le velase parte de la frente. Detalles de personalidad, pensó. Y se sintió seguro.

Un momento se fijó en el párpado que le cubría blando, fresco y brillante como la clara de un huevo, el ojo derecho. Se recogió las mangas de la camisa muy altas, por encima de los bíceps. Una izquierda de camelo, pensó, una entrada de suerte. Se dio saliva en la ceja del ojo lastimado, peinándola, y salió.

El cuarto era como una axila del sótano y sabía salado, agrio y dulzarrón.

Silbaba. Hacían salón dos ligeros. Penduleaba tan levemente el abandonado saco que sólo en su sombra se percibía. El *punching* era como un avispero, lo había pensado muchas veces. La mesa de masaje tenía la huella de un cuerpo, hecha con muchos cuerpos. Sobre el *ring* colgaba una bombilla de pocas bujías. El suelo era de tarima; debía de haber ratas de seis onzas bajo las tablas. Encajó el puño derecho en el cuenco de la mano izquierda y se fue acercando al *ring*.

Una lona en el suelo y cuatro postes sosteniendo doce sogas forradas. Oía el chasquido de los guantes golpeando. Los guantes viejos suenan más que los nuevos. Los guantes viejos a veces cortan como navajas de afeitar, a veces levantan la piel como navajas desafiladas. Los guantes viejos infectan los cortes o hacen que en los rasponazos de la piel surjan puntitos de pus.

Ya no silbaba. Los dos ligeros se rajaban una y otra vez. Oía las advertencias acostumbradas: «Esa derecha, esa derecha... Sal de cuerdas... Esa guardia, levántala... Sal de cuerdas... Boxea.» El maestro se aburría. Se aburrían todos los que contemplaban el asalto. Sin embargo, en el *ring* uno tenía miedo. Uno tenía ganas de dejarlo y esperaba que la voz, sin cambiar el tono, diese por finalizada la pelea. «Cúbrete», dijo el maestro. Pero la palabra no llegó a ninguno de los dos contendientes, que jadeaban entrelazados, empujándose. «Cúbrete al salir», dijo el maestro. Pero cuando salieron, los dos se separaron sin tocarse. Entonces el maestro dijo: «Basta.» Y a los dos se les cayeron las manos pesadamente a lo largo del cuerpo.

Se lo sabía bien. Ahora diría alguien: «¿Hacemos un asalto nosotros? ¿Quiénes? Nosotros; Juan y yo, o el Conca y yo.» Otra callejera con miedo. Otra payasada. Uno que estaba apoyado en la pared contemplando despreciativamente la pelea fue hacia el saco. Pensó que aquél sí podría ser boxeador; los demás no. A los demás los conocía bien. Cinco meses de gimnasio bastaban para cada uno. Sabía cómo presumían en las tabernas del barrio, en los talleres, en los bailes de domingo. Se los imaginaba amagando un golpe a un compañero: «Te doy así...»

El maestro se acercó cansadamente.

—Estás flojo de piernas.

—Ya.

—No te descuides.

—Ya.

—Te veo sin muchas ganas.

—No, tengo ganas. Es el turno de noche. Cuando acabe volveré a estar bien.

—Bueno.

El maestro andaba algo encorvado. Si subiera las manos cubriéndose podía parecer que estaba en el *ring*. Había sido un buen boxeador. Nada demasiado im-

portante, pero había peleado en París, en Londres... Fue a la Argentina... Había sido figura. Se defendía dando clase de gimnasia en dos colegios de frailes y con el gimnasio. Era un buen hombre, un poco amargado porque la gente de su gimnasio no tenía suerte. Les robaban las peleas... No, no las robaban... En el gimnasio apenas había gente que valiera la pena.

Oyó su nombre.

—Paco, ponle chicha a ese ojo.

Risas de compromiso. Contestó con una brutalidad.

Se volvió de espaldas. Se acercó al que estaba golpeando el saco.

—¿Sales el domingo?

Esperó la respuesta. El que golpeaba el saco respiraba sonoramente cada vez que pegaba.

—¿Con quién te toca, Ruiz?

Ruiz hacía profundas aspiraciones y luego iba expulsando el aire como si se sonase. Dio cinco golpes con el puño izquierdo.

—Si es el de la Ferro, tienes que tener cuidado con su izquierda. Da duro.

Uno, dos. Ruiz se apartó y alzó los brazos respirando hondo y dejando escapar el aire por la boca. Tenía la camiseta sucia; llevaba un pantalón de fútbol; calzaba alpargatas y calcetines con grises soletas.

—Si sales puedo dejarte la bata...

Ruiz hizo un signo afirmativo. Paco guardó silencio. Pensó en aquel muchacho que salía al *ring* con todo prestado: las zapatillas, los calzones y la camiseta; con una toalla amarilla, que era lo único suyo, por los hombros. Pensó que en el gimnasio había más de uno que tenía dos pares de zapatillas, unas de entrenamiento y otras para cuando alguna vez se decidiera a salir en una matinal del Price. Los de dos pares de zapatillas era difícil, muy difícil, que se decidieran a enfrentarse con un muchacho al que no conocían, durante diez minutos. Los de dos pares de zapatillas, dos calzones y

camisetas con los colores del gimnasio era improbable que tuvieran verdadera afición al boxeo. Eran boxeadores para las novias y los tontos del barrio. Le dejaría la bata —un trofeo ganado en cinco combates— a Ruiz, que era un muchacho que se lo merecía.

—La cuidaré —dijo Ruiz.

—Si quieres salgo de segundo.

—Me lo ha pedido uno de éstos —aclaró Ruiz señalando a los que charlaban junto al *ring*.

—Ésos están para dar la botella.

Paco sonrió. Ni para dar la botella, pensó; se ponen nerviosos cuando la gente les mira o les gasta una broma. Pero les gusta estar cerca de la sangre. Después de los combates aconsejan al derrotado o celebran un gancho gesticulando.

—El domingo puedo ganar. Ya le he visto al de la Ferro. No tiene piernas —dijo Ruiz.

A Paco le pesaba el párpado y se lo tocó suavemente con la punta de los dedos.

—¿Duele? —preguntó Ruiz.

—No.

—No es de golpe.

—No. El dedo. Ése boxea todavía con las manos abiertas.

Ruiz volvió a golpear el saco. Paco se despidió y caminó hacia la puerta. Al pasar al lado de los colgadores cogió su chaqueta y se la puso sobre los hombros. Salió. Uno de los chicos del gimnasio salió con él. Comenzó a hablarle mientras subían las escaleras del sótano. Le hablaba con una confianza respetuosa. Paco silbaba.

—¿Tú crees que me sacarán alguna vez? —preguntó el muchacho.

—Claro, hombre.

—¿Tú crees que estoy preparado?

—Necesitas más tiempo. El año que viene, seguro... No tengas prisa.

Continuó silbando en bajo. El muchacho comenzó a hablarle de sus esperanzas.

—Si tuviera suerte de aficionado, puede que me pudiera hacer profesional.

—¿Dónde trabajas? —dijo de pronto Paco.

Notó que el muchacho se azoraba.

—En un comercio —respondió el muchacho.

—¿En un comercio? —se extrañó Paco—. Entonces...

Paco pensaba que trabajando en un comercio no se podía ser boxeador.

—Pero voy a dejarlo...

Paco sonrió pensando que aquel muchacho bailarían muy bien, que aquel muchacho debía haber tenido ya unas cuantas novias con las que seguramente había paseado buscando los oscuros de las calles cuando las acompañaba a sus casas; que había paseado con ellas muy apoyado, a pasitos cortos y chulones, diciéndoles cosas que las hacían respirar entrecortadamente.

Llegaron a la boca del Metro. El muchacho se adelantó a sacar los billetes. Paco le dejó hacer. Después se separaron; iban en direcciones opuestas.

El andén estaba solitario.

En un comercio, pensó Paco, los días de invierno se debe estar muy caliente y en los de verano muy fresco.

Estaba en el extremo derecho del andén. El ruido del tren crecía. Paco no se retiró cuando llegó, y aguantó al borde mientras le poseía una sensación de atropello.

## II

De todas maneras tenía que engrasarla antes de que apareciera el jefe de taller. El jefe de taller llevaba chaqueta y pantalones azules. Y corbata negra.

Asomaban por el bolsillo superior de su chaqueta el capuchón de una estilográfica, la contera de un lápiz, el alambre espiral de un bloc pequeño. Lo primero que se veía del jefe de taller cuando se estaba engrasando la máquina eran sus zapatos de color. Cuando se veían los zapatos se oía su voz, porque el jefe de taller no hablaba hasta que el obrero volvía la cabeza para ver sus zapatos. Su voz caía sobre los hombros del obrero, y pesaba.

Paco se arrodilló en el portland. Le entró frío. Un frío que le ascendió hasta el estómago vacío. Hacía cuatro horas que había cenado. Tenía un bocadillo en el bolsillo de la chaqueta, que pensaba comer cuando acabara de engrasar la máquina. En el turno de noche, no sabía por qué, siempre pasaba hambre. Comería el bocadillo y, al amanecer, ya cercano el relevo, sentiría náuseas. Náuseas que desaparecerían con sólo comer. «La noche da hambre», pensó Paco, y se puso al trabajo. Cuando vio los zapatos del jefe de taller estaba terminando. Alzó los ojos y recorrió todo su cuerpo hasta la barbilla prominente. Al jefe de taller le caían las gafas sobre la punta de la nariz.

—Esto ya está —dijo Paco.

No obtuvo respuesta.

—Si usted quiere —dijo Paco—, paso a echarles una mano a los del grupo.

El jefe de taller preguntó:

—¿Ese ojo?

—Entrenándome.

—¿Cuándo boxeas otra vez?

—Dentro de dos semanas.

—¿Cuándo empiezas a ganar dinero?

—Dentro de dos semanas. Es mi primero como profesional.

—Bueno, hombre.

—No es en Madrid; si no le daría de las entradas que nos suelen dar a los boxeadores.

—Bueno, hombre. Muchas gracias. ¿Dónde boxeas?

—En Valencia.

—Pues que tengas suerte.

El jefe de taller hizo una pausa, luego dijo:

—Vete a echarles una mano a los del grupo.

—Sí, señor.

En el grupo viejo trabajaban dos obreros. Paco estuvo viéndoles trabajar en tanto se comía el bocadillo. Uno de los obreros era alto, delgado y amarillo. Moqueaba continuamente y se pasaba el dorso de la mano izquierda, libre de herramienta, por la nariz. El otro era de mediana estatura, con un pelo rizado y empastado. Llevaba patillas en punta. Discutía con su compañero, daba órdenes, cantaba. Paco terminó el bocadillo y cogió el botijo de color muerto, con la huella de grasa de una mano grande en su panza, y bebió. El estómago acusó el trago con borborismos. Se dio unas palmadas en el vientre que sonaron como golpes en un tambor con el parche roto.

—¿Cómo va eso? —preguntó Paco.

El obrero alto, delgado y amarillo no llegó a tiempo de explicar cómo iba el trabajo, porque era tartamudo y su compañero se le adelantó. Se limitó a pasarse la mano por la nariz.

—Hay que echar un año, figura, para arreglar esto. Pero tú ves...

Paco se acuclilló junto al grupo. El obrero que le había llamado figura tenía un color de vino clarete en la cara.

—Nos hemos metido en un tango que verás.

Paco meditaba produciendo trinos de después de comer con la lengua y los dientes. Torcía la boca. Dijo:

—Se acaba hoy, Tanis. Está listo para el turno.

Tanis se incorporó.

—Vamos a verlo, figura.

De pronto se asombró espectacularmente.

—¿Quién te ha puesto persiana en ese tragaluz, chacho? ¿Estabas dormido? No nos desacredites. Al que te ha dado hay que ponerlo en la prensa.

Paco sonrió.

—Dime quién ha sido, que ficho por él —dijo Tanis—, y Pedrito también, ¿verdad?

—Sí —silbó Pedrito el tartamudo e hizo ruidos con la nariz.

—Poca cosa —dijo Paco—, ni sostiene los guantes. Los que pasan miedo y no saben boxear, de vez en cuando, volviendo la cabeza, meten las manos y te dan; es un chaval que está empezando.

Paco pidió una llave inglesa a Pedrito. Tanis fumaba un cigarrillo Peninsular. Guardaba dos Bisontes para la salida. Uno para él, otro para el jefe del taller, al que se lo daría al pasar si no estaba fumando y estaba en la puerta del pabellón: «Señor Luis, ¿un pito?» A los jefes hay que darles su faena, decía siempre Tanis. Lo decía tan convencido que a Paco ni siquiera le indignaba y a los de la cuadrilla del turno les traía sin cuidado. No se lo reprochaban.

—En el primer combate —dijo Tanis— tienes que ganar por *k. o.*: un primer combate de profesional no vale a los puntos.

Tanis estaba apoyado en la ventana: su silueta se recortaba negra en el amanecer.

—¿Sabes cómo se llama el punto? —preguntó.

—Bustamante —respondió Paco.

Tanis alzó las cejas, echó el humo, estuvo unos instantes reflexionando.

—Lo he oído —dijo.

—Tiene siete combates de profesional —dijo Paco—. Cinco victorias, uno nulo y una derrota. El último le dieron. Querrá sacarse el clavo.

Tanis expelió el humo por la nariz y por la boca, se rascó un costado.

—No son muchos.

—Pero ¿qué habéis hecho aquí? —preguntó Paco.

—No son muchos —insistió Tanis—. Puedes estar tranquilo, con los que tú llevas se puede salir. Hablo sólo de salir, no cuento lo que tú eres.

—Es...tá mal en...ca...ja...do... —dijo repitiendo sílabas Pedrito.

—Hay que desmontarlo todo —afirmó Paco.

—¿Cuántos asaltos? Eso lo debes cuidar. Para un primer combate tienes suficiente con ocho. No te dejes engañar. Siete combates dan fuelle. ¿Sabes algo de él?

—Es zurdo —dijo Paco.

—Es-tá for-za-do enormemente —habló Pedrito.

Paco y Pedrito comenzaron a desmontar el grupo. Tanis iba acabando su cigarrillo.

—Un buen resultado te dobla el precio en el combate siguiente. ¿Cuánto le sacas a éste?

—Mil —hizo un esfuerzo Paco que abrió un silencio—. Mil y los viajes en segunda y un hotel de segunda.

—Vaya. ¿Quién va contigo?

—Voy solo.

—Mal. Eso no lo debes hacer. Que te acompañe tu maestro.

—No puede.

—Un segundo de allá no te conviene.

—Da igual.

—Ya es-tá —dijo Pedrito.

Tanis pisó la colilla y se acercó al grupo. En la ventana se iba reposando la turbiedad del amanecer, se iba aclarando el día. Pedrito se irguió y señaló el grupo a Tanis.

—Tú.

Luego sacó de su bolsillo un tubo metálico y lo destapó. Se echó una palmadilla de bicarbonato y se lo llevó de golpe a la boca. Bebió del botijo.

Tanis comenzó a cantar. Pedrito eructaba discretamente junto a la ventana. El jefe de taller estaba

parado junto a un soldador. El resplandor de la llama del soplete azuleaba su figura. El rumor del trabajo crecía o decrecía según los turnos de las máquinas, unas libres y otras ocupadas. Para Paco se perdió la canción de Tanis cuando, en un momento, el rumor fue creciendo, rompió su tono y se desbordó de golpe en un ruido ensordecedor. Mil personas gritando cuando uno es golpeado en la cabeza y ya no puede controlar con el oído la fuerza de un golpe, el jadeo del contrario, la propia respiración. Pedrito se desgañitaba intentando decirles que se acercaba el jefe del taller. Acabó señalándoselo con la mano cuando estaba junto a ellos.

El jefe de taller contempló el trabajo desde su altura, luego dobló la cintura y, apoyando las palmas de las manos en los muslos, comenzó a hablarle a Tanis.

Paco estiró el rostro y se tocó el párpado hinchado con la muñeca. El párpado le escocía. De vez en vez se le escapaba una lágrima que enjugaba violentamente en el hombro. Pensó que cuando tuviera que hacer un asalto con el muchacho que le había lastimado iba a darle un par de buenos golpes de los que hacen daño, de los que se sienten durante una semana al hacer un esfuerzo, de los que despiertan y desvelan al iniciar un movimiento en el lecho. Los que no saben, en los gimnasios siempre son de temer. De ellos son los rodillazos, los golpes con la cabeza o con los antebrazos, los marcajes bajos.

Sonó sordamente la sirena. Segundos después el ruido del taller fue decreciendo, hasta que se pararon casi todas las máquinas. Paco terminó de poner apresuradamente una tuerca. Tanis ya caminaba emparejado con el jefe de taller hacia la puerta de salida. Entraban los primeros obreros del turno de la mañana. Paco vio al jefe de taller parándose a encender un cigarrillo: el cigarrillo de Tanis.

El aire de la mañana de primavera no tenía aroma. Era todavía muy temprano. Cansaba el respirar como cansa beber un vaso de agua demasiado fría que no mitiga la sed. Un aire sin aroma como un vaso de agua muy fría son elementos demasiado puros. Paco se subió el cuello de la chaqueta, y, al lado de Tanis, Pedrito y tres compañeros más, echó a andar hacia la parada del tranvía. El sol comenzaba a dorar el vaho de Madrid cercano; el aire principiaba a tener sabor. Las palabras vencían el rumor del taller, del que se iban alejando paso a paso.

### III

—Ya voy —dijo Paco.

El jergón chicharreó. De la calle llegaba el alborozo del mediodía primaveral. Los filetes luminosos que recortaban las contraventanas cerradas tenían el carnosos amarillo rojizo de los quesos de bola. Solamente había dormido seis horas, pero se encontraba descansado. Estiró las piernas y puso los músculos en tensión.

Oyó el ruido de los grifos en la cocina. Luego la cisterna del retrete vaciándose. Un murmullo familiar de trajín doméstico. Escuchó a su madre riñendo al gato, humanizando al gato. Golpearon en su puerta y acompañaron los débiles golpes de palabras suaves, que invitaban a continuar en la cama.

—Son las doce y media, Paco...

—Ya voy.

Paco pensó que su hermana era una chica con mala suerte. Lo único bonito que tenía era la voz. A veces le daba como pena mirarla. Una chica fea, acaso muy fea de rostro, con un cuerpo basto, donde el vientre se hinchaba y las caderas se ensanchaban casi cuadradas... Una chica fea, con conciencia de que

era fea. Humillada por su fealdad. Acabada por su fealdad. Pensó lo importante que era para una muchacha pobre ser guapa. En la belleza estribaban todas las posibilidades de mejorar de vida. Buenos empleos y hasta un buen matrimonio. Una chica pobre, fea, equivalía a un muchacho pobre, débil. Paco se palpó los músculos de los antebrazos. A cada movimiento que hacía para calzarse, el jergón crujía. Abrió la puerta cuando tuvo puesto el pantalón, y le llegó el olor de la comida. Habló a gritos:

—Mercedes.

—Ya voy, Paco.

La docilidad de la hermana, la atenta y servicial disposición que tenía para él, llegaban a irritarle.

—Búscame una camisa que esté bien.

—¿Quieres que te planche la blanca?

—No, tengo prisa. ¿Está la comida?

—Sí. Te plancho la blanca en un momento.

—No. Búscame una camisa que no esté muy vieja.

—No me cuesta nada planchártela.

—No.

La muchacha acababa desilusionada.

—Como tú quieras.

Paco se lavó en la pila de la cocina. Se puso la camisa y se sentó a comer. La madre le contemplaba mientras hacía leves gestos negativos con la cabeza.

—¿Qué te pasa? —dijo Paco.

—Ya lo sabes, Paco.

Paco se tocó el párpado hinchado, que tenía un color violeta oscuro.

—¿Es esto?... ¡Bah!... Nada.

La madre continuaba moviendo la cabeza negativamente.

—Trabajando —dijo Paco con la boca llena— te puede ocurrir esto o algo peor.

La madre tenía demasiado cansancio en la mirada para que fuese dulce. Era una mirada vidriosa, vaga,



vuelta ya de la desesperación o de la rabia o del deseo de conseguir algo. La madre tenía las crenchas de un rubio sucio como del color del papel de estraza. La madre tenía la roña metida en los poros de la piel de las manos de tal manera, que aunque se lavase no se le iría. Era la porquería de la mujer que hace coladas para cuatro personas, que lava los suelos, que guisa, sube el carbón y trabaja, si le queda tiempo, de asistenta en una casa conocida. La porquería en los nudillos, en las yemas de los dedos, en las palmas de las manos, en las muñecas. La porquería como un tatuaje.

—¿A qué hora quieres la cena? —preguntó la hermana, que se había sentado a su lado a verle comer.

—Como siempre.

La madre tomó asiento en una banqueta, recogiendo el delantal sobre el vestido negro cosido y roto, recosido y roto, y roto. La madre se sentó como si estuviera de visita, en el mismo borde de la banqueta.

—Tu padre ha dicho —dijo la madre— que vayas a la bodega de Modesto, que te espera allí a las ocho y media.

—Bien.

La madre se levantó para atender lo que estaba puesto en el fogón. Primero comía Paco y después las dos mujeres, con lentitud, dialogando pausadamente. Paco terminó.

—Me voy —anunció.

—A las ocho y media te espera tu padre —repitió la madre.

—Iré.

La hermana acompañó a Paco hasta la puerta.

—Adiós, Paco —dijo.

—Hasta la noche —se despidió Paco.

La hermana tuvo un rato la puerta abierta hasta que ya no oyó los pasos de Paco en la escalera. La madre seguía en el fogón.

Del portal a la calle, un paso. El paso que va desde la sordidez a la alegría.

—¡Hola! Paco, ¿cuándo te pegas? —le dijo la muchacha de la frutería.

—Dentro de quince días —ensayó un piropo—. Cada día que pasa te pones... Vamos, tú me entiendes...

La muchacha sacó cadera.

—¿Aquí? —preguntó.

—No... Un día te voy a llevar a bailar.

—¿Dónde peleas?

—En Valencia... Y después de bailar te llevo a un cine de la Gran Vía, o antes, como tú digas.

—Las ganas que yo tengo de ir a Valencia, majo.

—Dentro de quince días, ya sabes, si tú quieres...

—Vamos, Paco...

—En serio.

—Bueno.... pero éste... Pero ¡qué cosas tienes!

Paco se rió.

—Te llevo.

La muchacha fingió enfadarse. Compuso una mueca de altivez, de intocable, de ofendida en su honestidad.

—¿Hablas en serio, Paco? ¿Con quién es?

—¿Qué más da?... Te llevo.

—Ya está bien, Paco... —hizo una pausa—. A ver si ganas y llegas a campeón.

Dentro de la frutería sonó una voz ronca.

—Juana, menos palique y más estar en lo que estamos.

—¿Te gustaría?... —preguntó Paco.

—Juana, gansa.

—Me llaman —dijo la muchacha.

—Espérate.

—No, que está hoy... —ladeó graciosamente la cabeza y miró al cielo.

—¡Juana!

La muchacha giró el cuerpo y encogió los hombros.

—No te digo...

La vio desaparecer en el fondo de la frutería; atravesando entre los frescos colores de las hortalizas y las frutas. Antes de desaparecer dio un tropezoncillo adrede y volvió la cabeza, haciendo un gesto de despedida. Paco echó a andar silbando.

Apretaba el calor. El asfalto despedía como un aliento caliente que sofocaba. Paco se quitó la chaqueta que llevaba por los hombros y la recogió al brazo.

—Adiós, Paquito.

Sonrió a la vieja que vendía chucherías, golosinas y cigarrillos en su puestecito del esquinzazo de la manzana. Dos niños suspendieron sus juegos con chapas de botellas de refresco y cuchichearon entre ellos. El vendedor de periódicos alzó la mano en un saludo.

En torno de un ciclista que descansaba sin bajarse de la bicicleta, con un pie apoyado en el suelo y el muslo de la pierna contraria en la barra del cuadro, como se suelen sentar en los bares los habituales chuletones, hacía corro la afición de la calle: el pescadero, hijo, la chaquetilla blanca remangada, delantal verde con rayas negras, madroños de madera y cuero, que se guiaba por el periódico *Marca* y tenía una fe ciega, heredada, en la prensa; el cobrador del tranvía, que se soltaba la chaquetilla del uniforme, y con la camisa sin cuello y la cabeza sin gorra parecía que iba a ser fusilado en el solar cercano como un militar de cuartelada decimonónica; el cobrador que no creía en la prensa; el vago con buenos recuerdos de un equipo de primera regional, que había empezado con muchachos que eran figuras y que si no hubiese sido por una lesión...; el electricista, de zapatillas de ciclista, admirador profundo de Julián Berrendero,

de los dos Regueiro, de Juanito Martín, de Angelillo, que se sentía antes que nada madrileño y solamente creía en los valores del tiempo pasado.

Paco llegó al grupo... El ciclista se despidió y, alzándose sobre los pedales, fue cogiendo velocidad con gran estilo.

—¿Qué hay Paco, qué te cuentas? —le palmeó las espaldas fuertemente el tranviario.

A Paco le turbaban las muestras de afecto espectaculares.

—¿Te entrenas mucho? —preguntó el electricista.

—¡Hombre!... —dijo Paco.

—Ese Bustamante —afirmó el pescadero hijo— tiene una zurda, ¡uf!, como un exprés.

—Si estás bien entrenado seguro que le tienes en el bote —afirmó el electricista—. Porque el boxeo, desde luego, exige mucho entrenamiento. De aquí ha salido la flor y nata de los boxeadores.

—¿Y los vascos, qué? —preguntó el vago.

—Y los vascos —dijo el electricista.

—Y los catalanes, ¿no son nada? —preguntó el tranviario.

—Te diré.

—Bueno, me vas a contar ahora que no son nada.

—Muy técnicos, pero con la clase de los de aquí, no. ¿Verdad, Paco?

—Cataluña da muy buenos boxeadores —dijo Paco—. Acuérdate de Romero, por ejemplo.

—¿Y vas a comparar a Romero con todo su campeonato y todo lo que quieras, con Luis? —preguntó el electricista—. Vamos, Paco... ¡Romero...! Corazón, eso sí.

—Los campeonatos no se logran solamente con corazón —dijo el pescadero hijo—, hay que saber... ¿Es verdad o no es verdad, Paco?

Paco hizo un vago gesto afirmativo. El electricista interrumpió la conversación, invitando.

—Pago unos vasos.  
Aceptaron. Entraron en un bar cercano.  
—Cuatro blancos —dijo el electricista—, porque tú no beberás, ¿eh, Paco?  
—Yo también bebo —dijo Paco.

#### IV

El padre pagó dos rondas de vino. Los amigos le despidieron en la puerta.

—¡Que haya suerte!

—¡Ánimo que tú llegarás!

El padre caminaba por la calle muy orgulloso, junto al hijo.

—¿Cuánto cuesta una radio a plazos? —preguntó Paco.

—No sé —dijo el padre—, pero ya me enteraré.

El padre saludó a dos hombres que charlaban en medio de la calle.

—¿Dónde vas? —le dijeron.

—Aquí, con éste.

Se iba alejando, pero continuaba la conversación.

—¿Cuándo pelea?

—Dentro de quince días en Valencia.

Paco agachó la cabeza. El padre caminaba por la calle muy ufano.

—Que gane.

—Gracias, Paulino.

—Que traiga muchas pesetas.

—Es lo que hace falta, Andrés.

Paco se avergonzaba cuando iba con su padre, porque se sentía exhibido.

—¿Has comprado *Marca* para ver si habla de ti? —preguntó el padre.

—No, ¿por qué iba a hablar de mí?

—Porque vas a pelear... ¡por qué!

—Todavía es demasiado pronto. Eso lo darán un par de días antes.

—Lo mismo lo pueden dar hoy.

En el quiosco de periódicos el padre compró el diario deportivo y se paró a hojearlo bajo la luz de un farol. No hablaba de Paco, pero el padre no se defraudó.

—Lo miraré con más calma en casa —dijo.

—Yo te voy a dejar —anunció Paco.

—Bueno, como tú quieras.

—Dile a mamá que dentro de media hora estoy en casa.

—¿Dónde vas?

—Subo hasta la plaza.

Estaban parados. El padre sonrió picarescamente.

—Cuidado, ¿eh Paco? Mucho cuidado.

Sintió que no podía dominar el rubor. La despedida fue apresurada.

—Hasta luego.

Dio unos pasos y se volvió para ver a su padre. Andaba con inseguridad. Le había herido un trozo de metralla en la cadera durante la guerra, en las trincheras de la Ciudad Universitaria. Era tan bajo como él. Seguramente daría el peso de los plumas. No, pensó, tal vez dé un peso más alto, porque los viejos pesan más. Paco subió hacia la plaza.

Prefería que no fuera a los combates, pero iba. Se sentaba en la segunda fila de *ring* o en la primera. Comenzaba por decirle al vecino de asiento que el combate bueno era el tercero. Si el vecino era propicio a la conversación, le comunicaba que el que iba a ganar el tercer combate era su hijo, *Young* Sánchez.

Gritaba durante el combate. Alguna vez se acercó a la escuadra para darle un consejo, y el segundo le tuvo que decir violentamente que se marchara. Cuando peleó en el campo del Gas, tuvo un lío con un guardia de la Policía Armada, y gritó que el que

estaba boxeando era su hijo. Hubo choteo del público. Al final de las peleas lo sacaba abrazado por entre la gente que ocupaba el pasillo, acompañándolo a los vestuarios. Asistía a la ducha hablando del combate. Si se hubiese dejado le hubiera enjabonado, porque el padre sentía aquel cuerpo completamente suyo. En el barrio era peor: era el elogio hasta el cansancio, hasta la antipatía, hasta la fuga.

Se sentía liberado y también un poco apenado por haber dejado a su padre. Se sabía una esperanza y un asidero de algo inconcreto que siempre había rondado el corazón del padre; un deseo de estima, un anhelo de fama, una gana de que se le tuviera en cuenta. Le había oído muchas veces contar cosas de la guerra, vulgares, quitándoles importancia de una manera que parecían tenerla; y se percataba perfectamente de que en el padre había latente una congoja, nacida de la indiferencia de los compañeros, de los amigos, de los vecinos. Ahora el padre se tomaba la revancha.

Llegó a la plaza. En el café, las luces de los tubos fluorescentes empalidecían los rostros de la clientela, que charlaba, que jugaba al dominó, daba la matraca con los viejos discos de la gramola: a peseta la voz de Antonio Molina, a peseta Lola, a peseta la *Perrita Pequinesa*. El muchacho del mostrador se movía tanto y tanto hablaba para la nada, que apenas había una cuadrilla al chato; un señor leyendo un periódico y bebiendo un vermut a salto de noticia, como un pajarito; una vieja que se refrescaba con una gaseosa, acompañada de un niño entretenido en recoger chapas de botellines por las suciedades del suelo.

—La gaseosa ¿no tiene tapa? —preguntó la vieja. El señor que leía el periódico la miró estupefacto.

—No, señora. Las tapas con gaseosa hacen daño... —dijo el que atendía el mostrador.

Paco entró hasta el fondo del café, hasta la gramola y la puerta de paso a los servicios. Volvió.

—¿Cerveza, Paco?

—Un corto... ¿No han venido ésos?

—Aquí no ha venido nadie. Andarán por *El Chapas* o por *La Venencia*.

Paco silbaba y se paseaba delante del mostrador, casi luciéndose, casi vigilando la plaza, como preocupado o distraído.

—¿Has visto al pluma que salió el domingo?

Paco se acercó a tomarse el vaso de cerveza. Su respuesta fue un vago comentario.

—Pega, ¿eh?

Paco miraba a la calle de espaldas al mostrador.

—Ese chaval sabe.

Paco se volvió, apoyó los brazos en la barra y agachó la cabeza. Se distrajo salivando.

—Con la derecha y con la izquierda.

Paco miraba el vaso mediado. Bebió el resto de la cerveza y pidió más.

—Si le cuidan, ahí hay campeón, ¿no te parece?

Paco se encogió de hombros. Sonaron una moneda en el mármol del mostrador.

—¡Va!...

Y antes de atender al reclamo aseguró:

—Ese chaval es boxeador y va a dar muchos disgustos, pero muchos disgustos en su peso...

Pertenecía a la fauna de los que sienten placer desasosegando, amenazando. Pertenecía a la fauna de los retorcidos que elogian para despertar el recelo, para punzar el amor propio, para tantear irritantemente en la inseguridad y en el desánimo.

Echó la cabeza hacia atrás y el mechón le desbordó la frente. Pensó en el pluma de que hablaba el muchacho del mostrador. Un buen comienzo, dos combates limpiamente ganados; pero, ¿podría aguantar con los viejos, con los que no salían nunca de afi-

cionados y se sabían las marrullerías de los profesionales? Recordaba su primer combate con un boxeador viejo, la impasibilidad de su rostro cuando le golpeaba y su intranquilidad en la escuadra. Los boxeadores viejos enseñan a costa de sufrir la dureza de sus golpes. Cuando acabó el combate le dolían los antebrazos. Cuando llegó a casa le dolían el cuello y la cabeza. Había ganado, pero no supo hasta el último momento si iba a ganar o a perder, porque los boxeadores viejos se derrumban de pronto, pero no dan ni un síntoma de flaqueza, de agotamiento; un indicio que pueda animar al contrincante durante el combate.

—¿No has ido al gimnasio? —preguntó el mozo de mostrador.

—No.

—¿Te encuentras en forma?

—¡Vaya!

—El de Valencia tiene un buen palmarés.

—Sí.

—Los boxeadores valencianos saben, saben y aguantan. Un fajador como tú...

—Oye —dijo Paco—, si vienen por aquí los amigos les dices que me he ido a casa, que después de cenar saldré.

—¿Aquí?

—Sí, aquí. Sobre las nueve y cuarto.

—¿Hoy no *currelas*?

—No.

—Ya se puede...

El muchacho del mostrador frunció los labios; un fruncimiento de envidia.

En la plaza estuvo unos instantes dudando. Era todavía pronto para ir a cenar; era ya un poco tarde para subir hasta Atocha. La plaza estaba repartida entre la oscuridad del descampado y la luz de la vecindad. Junto a las casas paraban los autobuses. La

luna iba baja; una luna como la plaza, con un semicírculo de luz y otro de sombra, pero una luna con su contorno precisado en una circunferencia, que se le antojó azul. Una luna ascendiendo por el cielo del descampado que no limitaba la plaza, que la ampliaba al mundo.

Se encontró bajando lentamente hacia su casa. Iba pensando en el muchacho del mostrador. «Hoy has estado bien... ¿Por qué no sacaste la izquierda cuando lo tenías a placer...? Lo podías haber tumbado en el segundo asalto. ¿Qué te pasó...? Se te notaba falto de fuelle. Se vio que te había hecho daño; yo creí que ibas a abandonar...»

El muchacho del mostrador acabaría teniendo una taberna donde presumiría de haber conocido a un campeón: «¿*Young* Sánchez? Fuimos muy amigos. Ése es bueno de verdad... Ése es...» Entonces estaría muy lejos del muchacho del mostrador, de su taberna, de la calle, a la que volvería de visita alguna vez. Entonces...

—¡Adiós, Paco! —le dijeron.

## V

—¡Adiós, Paco! —le dijeron.

Caminaba de prisa. Saludó con la mano. Titilaban las acacias a la luz del sol. El descampado de la plaza estaba como recién barrido por la mañana, limitada su extensión por las fachadas posteriores de una calle nueva. Esperó la llegada del autobús, y cuando llegó tuvo una sensación de partida para un viaje alegre, de excursión de día festivo. El autobús dio la vuelta a la plaza y se adelantó por una calle hacia la ciudad. Un vientecillo fresco entraba por las ventanas revolviéndole el mechón, que sentía como una carrera de insecto por la frente, acariciándole los pár-

pados entornados y el rostro recién afeitado, la piel escocida por una hoja muy usada.

Tuvo que esperar en la salita de las oficinas. La salita estaba en penumbra, con las cortinas del gran ventanal corridas. Recoleta, desvinculada de la calle, hostil, con la frialdad de una habitación de espera, le inquietaba. Era una espera miedosa. Había llegado alegre y estaba triste. Se fijó en un grabado que representaba una escena mitológica... Dos sillones y un sofá de cuero moreno. Dos sillones y un sofá, no sabía por qué, enemigos. Y una mesa baja sin revistas. La alfombra, gruesa. Una lámpara como una amenaza colgando del techo. La salita era como una isla, donde se acababa la seguridad. Estaba deseando marcharse.

Se abrió la puerta.

—Venga —le dijeron.

Salió y caminó por un pasillo hasta una habitación.

—¡Pase! —le dijeron.

Pasó sin decisión. Oyó una voz suave que le invitaba desde el fondo:

—¡Pase usted, pase!

Anduvo hasta una gran mesa. Se paró. La voz suave le conminaba, insistente:

—¡Pase usted, pase!

En un sillón cercano a la ventana fumaba un hombre joven. Olió su perfume. Una mezcla de tabaco rubio, de agua de colonia, de manos lavadas con un buen jabón, de traje nuevo, de camisa limpia... Husmeó sorprendido como un animalillo. La voz le agrotaba los músculos. Se sintió torpe.

—¡Siéntese, joven, siéntese!

Se sentó en un sillón que cedía a su peso. Cuando la voz preguntó, le fue dificultoso responder e inició un movimiento para incorporarse.

—¿Cuántos combates, cuántos?

Titubeó antes de responder, como si no recordase. Dijo el número de combates. El hombre comenzó a explicar, sin atenderle demasiado, como si hablase para sí:

—No sé si usted lo sabe, pero conviene que lo sepa. Es una dedicación que no me reporta más que gastos. Me divierte ayudar a los que pueden ser algo. No sé si usted me entiende. Realmente...

No entendía por qué el maestro le había indicado que fuera a ver a aquel hombre. Aquel hombre que hablaba y fumaba delante de él nada tenía que ver con el boxeo. «Ayuda», le había dicho el maestro. Y él había ido a que le ayudasen. El hombre seguía hablando:

—... cuando usted regrese de Valencia venga a verme, joven...

Se encontró repentinamente de pie, estrechando una mano, que se le tendía lánguida desde la butaca. Caminó rápidamente hacia la puerta. La puerta era de madera, de una madera con vetas estrechas... Estaba en el pasillo.

Se sintió liberado en la calle. Liberado y confuso, el tipo era raro. La ocurrencia del maestro era, también, rara. ¿Ayudaba? Pero ¿por qué ayudaba? No le interesaba el boxeo, no sacaba ningún beneficio de los boxeadores. Ayudaba porque le divertía ayudar. «Tiene mucho dinero —le había dicho el maestro— y se lo gasta. Le gustan las cosas donde hay sangre. Gallos, boxeo, ¡qué sé yo! El caso es que ayuda.»

La entrevista le había amargado.

El sol del mediodía agriaba el color del descampado de la plaza. El sol del melodía pesaba en las copas de las acacias. La calle hacia su casa era un túnel de luz cegadora.

—¿Vas para casa? —le preguntó alguien que le echó un brazo a los hombros.

—¡Hola, Luis!

Hizo un movimiento para sacudirse el brazo que le daba calor. Llevaba el traje nuevo y se había puesto corbata para la entrevista. No se decidía a quitarse la chaqueta.

—Te vas pronto, ¿no?

—Sí.

—Tienes que ganar. Después del combate pon un telegrama si todo ha ido bien. Ponlo a *La Venencia*, Paco.

—¡Bueno, hombre!

—Tú ya sabes que aquí, en el barrio, se te da ganador por todos.

—El otro también pega, no vayas a creer que sale sólo a recibir.

—Tú le das. Si fuese por *k. o.* mejor. Figúrate el primero de profesional y tumbándolo. Si peleas como tú sabes, seguro que...

—El otro también pega.

Se separaron al llegar a la altura de la casa donde vivía el admirador.

—Ya sabes que se confía, Paco, y que se te admira.

Le agradaba que le admirasen y le molestaba que le creasen obligaciones. Saldría a pelear, pero el otro no se iba a dejar pegar. El otro tenía más experiencia y era un buen boxeador.

Subió las escaleras de la casa lentamente.

—No te he oído llegar, Paco —dijo la hermana cuando salió a abrir.

Paco se quitó la chaqueta y se desanudó la corbata.

—Como siempre subes corriendo y cantando es fácil saber que eres tú, pero hoy...

—Estoy cansado —dijo Paco.

—Padre se ha marchado y madre está echada, porque le duelen las espaldas —anunció la hermana—. Padre ha dicho que no te vayas hasta que vuelva él del trabajo.

—Bueno.

—¿Te pongo la comida?

—Bueno.

—¿Te pasa algo, Paco?

—No, nada.

—Algo te pasa, Paco. Dímelo.

—¡Qué me va a pasar! —dijo desabridamente.

La hermana se dedicó a prepararle la mesa. Paco respiró hondo el olor de su casa. Un olor en el que se distinguían las cosas que lo producían. El olor de la comida, el del carbón, el de la mesa fregada con lejía, el de los trapos húmedos... En la salita donde le habían hecho esperar solamente olía a nuevo. El olor de nuevo y de caro era hostil. Cuando pensaba en la visita de la mañana se sentía de pronto sucio, sucio de las cosas limpias, nuevas y caras.

—Pasa a ver a mamá —indicó la hermana.

Paco se levantó y salió al pasillo. Abrió la puerta de la habitación de los padres.

—¡Madre! —dijo.

—¿Qué, hijo?

En la penumbra no se percibía el rostro de la madre.

—Me ha dicho Mercedes que te sientes mal.

—No es nada. Cansancio.

—¿Quieres que avisemos a un médico?

—No. Se pasará. Es que me he cansado más de la cuenta.

—Deberíamos avisar a un médico para que te mirase.

—No, hijo.

La madre y el hijo guardaron silencio. En la cama de matrimonio la madre estaba como desmayada. La almohada, blanca, y el rostro, de un blanco grisáceo. El pelo como un manojo de esparto.

—Vete a comer.

—Luego vengo a estar contigo.

—Bueno. No os preocupéis, que no es nada.

—¿Has comido?

—No.

—¿No quieres nada?

—No. No te preocupes. Anda, vete.

Paco cerró suavemente la puerta. Cuando llegó a la cocina preguntó a la hermana:

—¿Ha cogido algún frío?

—Esta mañana ha estado lavando.

—Habrá que avisar a un médico. Padre, ¿qué ha dicho?

—¡Como ella dice que no se avise...!

—¡No quiere, siempre igual! —dijo Paco, y se indignó—. Pues aunque no quiera.

La hermana colocó la cazuela encima de la mesa, sobre una rejilla.

—¡Anda, come! —dijo.

Paco dejó que le sirviera. Metió la cuchara en el plato y comenzó a comer en silencio.

—¿En qué estás pensando? —preguntó la hermana. Paco no respondió.

## VI

La tarde estaba pesada y tormentosa. Llegaban del campo aromas cereales. Olían las cloacas. Olía a humos de locomotoras. La gente que callejeaba olía un poco a sudor, un poco a ropas que han tomado el oso olor de la cal en armarios enjalbegados y sombríos como despensas; olía a campesino puesto de domingo en la ciudad.

Cada paso era un descubrimiento. Olía a hospital. No olía a hospital, pero Paco tenía la sensación de que caminaba por un pasillo de hospital, mezclados el olor de botica y el de ser humano, acompañado de un murmullo. De un zumbido de quejas sobre enfermedades propias y enfermedades de los

parientes o de los amigos a los que se va a visitar. En los retazos de conversaciones que llegaban a sus oídos creía sorprender la quejumbre, la salmodiosa habla de los enfermos y de los visitantes.

Apuntaban las cuatro y media e iba por la calle de Atocha.

Sobre el chirrido de un tranvía rompió la tronada. Sobre el polvillo, tenue como una purpurina de alas de mariposas nocturnas, que cubre las calles antes de las tormentas, cayeron las primeras gotas. Paco andaba de prisa hacia Antón Martín. Alzó los ojos al cielo negro-violeta como un gran hematoma. Las primeras gotas cayeron adormecidas. Después tabletearon delicadamente en el asfalto, en los tejados, en las claraboyas de las casas viejas.

No llovió más. Las nubes estaban fijas sobre la ciudad y la enclaustraron, la recogieron de su dispersión, la limitaron en un regazo denso, carnoso y morado. Cansaba caminar, pesaban las manos en los bolsillos, dolía la chaqueta en las axilas. Un olor de humedad ganó la calle. Una sensación de sudor sucio le desazonaba.

Paco pensó en las chinches de una pensión del Sur, en una población en la que había boxeado. Una noche con bochorno de tormenta. Una noche en que los nervios punteaban la piel. Pensó que lo peor que le podía ocurrir en el mundo era ponerse enfermo en una pensión del Sur, desmantelada, cargada de soledad. Prefería el hospital con toda su tristeza, con el cobijo de los demás, aunque temiera la cercanía de la muerte.

Entró en el bar. Pasó delante del mostrador y se fue al fondo. El muchacho del mostrador le saludó:

—Hola, *Young*.

En los vasares del mostrador se rizaban las fotografías de los boxeadores junto a las de las supervettes y las de los caricatos célebres. Los boxeadores sa-



ludando; los boxeadores en guardia, con guantes, sin guantes, en vendas. Dedicatorias: «A mi particular amigo Mariano Martínez», y la firma garrapateada. «A Mariano, gran aficionado al boxeo, su amigo», y la firma torpe. «A Mariano después del combate más duro de mi vida», y la firma clara. «A mi admirador Mariano Martínez el día que gané el Campeonato de Castilla del peso pluma por *k. o.*», y la firma muy grande. Las fotografías de algunos de los campeones de España de los diferentes pesos solamente tenían las firmas.

Jugaban al mus.

—Hola, *Young*.

Los boxeadores jugaban al mus, rodeados de unos vagos, admiradores profesionales.

—Hola, chaval —dijo el ex campeón.

Los vagos le hicieron un sitio al boxeador *Young Sánchez*.

—Hay que comer patatas —dijo el ex campeón.

Los vagos se rieron.

—¿Eh, chaval? —preguntó el ex campeón.

—Si tú lo dices... —respondió *Young Sánchez*.

—Hay que comer patatas —dijo el ex campeón—, porque si no el estómago no aguanta... —y barbarizó.

Uno de los vagos palmeó las espaldas del ex campeón, que volvió la cabeza airado.

—¡Eh, tú, que no soy una tía!

—¿Atiendes o no atiendes? —preguntó uno de los de la partida.

—Calma —dijo el ex campeón—, tengo unos pares de muerte, con los que te voy a matar.

—Muy bien.

—Pues me paso hasta mi compañero, que os va a arrear de muerte.

*Young Sánchez* miraba la cara del ex campeón. Una cara con «mucha leña encima». Bajo las cejas, peladas de cicatrices, le brillaban hundidos los ojos. Las comisuras de los labios se le alargaban en dos rayas

blanquecinas, que destacaban en el moreno de la piel y de la barba.

—Mátalos con un órdago.

Leña en los pómulos, leña en la nariz, leña en las orejas. Aceptaron el órdago y ganaron el ex campeón y su compañero. El ex campeón dijo satisfecho:

—Hay que comer patatas. Dos tiñosas y dos ases. Ves, chaval, cómo hay que comer patatas. Y les das. Les das de derecha y luego de izquierda. Los dejas para sebo.

Uno de los vagos preguntó a *Young Sánchez*:

—¿Debutas por fin?

—No se habla —gritó el ex campeón—. No se habla, porque me distraigo. A hablar se va uno al mostrador.

Dieron cartas.

El compañero del ex campeón miró a *Young Sánchez* y sonrió:

—¿Son buenas las condiciones? —preguntó.

*Young Sánchez* le hizo un vago gesto de insatisfacción que formaba parte del juego cuando se hablaba de contratos. Un boxeador de alguna importancia nunca podía demostrar entusiasmo por el dinero de los contratos, siempre tenía que dar la impresión de que era algo muy por debajo de sus merecimientos. Al llegar a campeón, el juego variaba y había que dar la impresión contraria, la de que los contratos eran muy ventajosos.

El compañero del ex campeón era un buen peso ligero que se disponía a irse a América. Se llamaba Raimundo Moreno.

—No se habla, *Ray* —dijo el ex campeón—. Hay que estar en el combate.

—Bien, *Marquitos* —respondió *Ray* Moreno.

—Hay que dar de nuevo —dijo el ex campeón—, porque tengo cinco cartas. Todo por hablar. Jugando no se habla.

—¿Dónde están las cinco cartas? —preguntó, mirándole, uno de la pareja contraria.

El ex campeón contó las cartas y sonrió con una amplia sonrisa de máscara.

—Nada de marrullerías —dijo el que había preguntado por las cartas—. Nada de suciedades.

El ex campeón, alborozado, golpeó con las palmas de las manos en la mesa.

—Con estas cuatro se acaba la partida. Órdago a todo. Y quiero una copa de coñac. Tú —señaló a uno de los vagos—, tráeme una copa de coñac.

El vago obedeció y se encaminó al mostrador.

—Órdago a todo —gritó el ex campeón—. Así se juega, *Ray*. Fíjate qué asalto. Qué pelea estoy haciendo, porque tú no me ayudas ni esto.

Hizo un ruido con el índice y el pulgar derechos.

—Bien, *Marquitos*; pero lleva cuidado —dijo *Ray*.

Siguieron la partida hablando únicamente de las jugadas. El vago llegó con la copa de coñac.

—Gracias, segundo —dijo el ex campeón—. Te puedes tomar un chato a mi cuenta.

—Gracias, *Marquitos*; luego.

—Luego, no. Ahora, que es cuando te he invitado.

—Bueno; lo tomaré ahora.

—Atiende, *Marquitos* —dijo *Ray*.

—Estoy, estoy...

—Ésta es la última. Ellos están a falta de cinco y nosotros de dos —declaró *Ray*.

—Pues órdago, no quiero perder a los puntos —dijo el ex campeón.

—¡Quiero! —contestó uno de los contrarios.

El ex campeón perdió.

—Ves... —le reprochó *Ray*.

—A los puntos hubiera sido peor.

—Hubiéramos ganado si te pasas a todo.

—No, hubiéramos perdido.

*Ray* Moreno le hizo una suma del tanteo.

—¿Ves...?

—¿Quién me da un cigarro? —preguntó el ex campeón.

Uno de los vagos le ofreció una cajetilla de Bisonte. El ex campeón encendió un cigarrillo y principió a fumarlo como un fumador novato, casi soplando el humo.

—Esta partida estaba visto que la teníamos perdida desde el principio, totalmente perdida.

—¿Por qué? —preguntó *Ray*.

—Porque se veía. Yo lo he visto desde el primer momento, desde la campana.

*Young* Sánchez hablaba con *Chele* y Adrián Ortega, que eran la pareja de ganadores.

—Yo voy a Zaragoza el sábado —dijo *Chele*.

—Dentro de dos semanas tengo combate en Barcelona —dijo Adrián Ortega.

Los vagos atendían al ex campeón. Éste dijo de pronto:

—Me marcho, porque me esperan, y mañana no vengo.

—Bueno, *Marquitos* —dijo *Chele*—, si mañana no hay partida, ya no la hay hasta que venga yo de Zaragoza.

—¿Tú también te vas? —preguntó el ex campeón.

—También me voy.

El ex campeón se quedó un momento pensando.

—Suerte, *Chele*; suerte, *Young*. Ya nos veremos. A comer patatas.

El ex campeón parecía bailar al caminar. Se paró un momento en el mostrador y pagó. Al andar se llevaba la mano derecha a la cabeza. Se dirigió a la puerta. Arreciaba la lluvia. *Young* Sánchez, *Chele*, Adrián Ortega y *Ray* Moreno le siguieron con los ojos. El ex campeón, al llegar a la puerta, no dudó y salió a la calle. La calle estaba solitaria.

## VII

Paco estaba sentado en la mesa de masajes de la cabina de boxeadores. Unos metros a sus espaldas, Bustamante se dejaba vendar las manos.

—Estira un poco la cara.

Paco obedeció a su segundo, que comenzó a embadurnarle el rostro de glicerina. Luego le dio una toalla para que se enjuagase.

—Ya estás listo.

Paco cerró el puño derecho y lo golpeó contra la palma de su mano izquierda, probando el vendaje. Luego, con el puño de la mano izquierda, golpeó en la palma de la mano derecha.

—¿Está bien? —preguntó el segundo.

—Bien.

—Voy a asomarme a ver cómo va el combate.

Era el último de aficionados. En cuanto acabara, les tocaba a ellos. De ellos, era el primero de profesionales de la velada mixta. Paco miró a Bustamante. Se lo habían presentado por la mañana en el pesaje oficial. Le había dicho «mucho gusto», y no le había oído nada más. Bustamante le llevaba apenas unos gramos, pero tenía más envergadura que él.

Entró el segundo.

—Les quedan dos *rounds*; ninguno de los dos pega —dijo—. Échate y te doy un poco de masaje.

—No es necesario.

—Como tú quieras, *Young*. ¿Estás tranquilo?

—Sí.

«Más envergadura que yo», pensó. Y de repente sintió que el miedo le trepaba por las piernas, debilitándose las, le ascendía por el vientre y se le asentaba en el estómago. Una bola en el estómago. Una bola, eso era el miedo que obligaba a respirar fuerte, «porque ahogaba —pensó—, hacía daño y fijaba en

ella toda la atención de uno». Se llegaba a sentir las dimensiones de la bola y su peso. Su miedo pesaba exactamente un kilo y no era mayor de tamaño que la pesa de un kilo de ultramarinos.

—Cálmate —dijo el segundo.

Paco sonrió inseguro.

—Cálmate —repitió el segundo—, eso acaba en seguida. Piensa en otra cosa.

Continuó sonriendo.

—El público estará de tu parte.

A medida que el segundo le hablaba, Paco iba recuperando seguridad. Prestaba atención a su segundo, eso era todo.

—Si te conservas fresco los cuatro primeros asaltos, el combate es tuyo, y si lo desbordas en el primero, también. Yo lo conozco bastante, ¿sabes? No le sigas su ritmo, porque ahí no tienes nada que hacer. O desbordarlo o esperar.

Paco no se fiaba. El segundo parecía adivinarle el pensamiento.

—Fíjate en lo que te digo. Yo no te engaño.

El segundo hablaba en un tono muy bajo, muy suavemente.

—La ceja izquierda la tiene muy resentida; ahí debes dirigirte en los golpes a la cabeza. Y fájate los cuatro primeros, o si te atreves...; bueno..., no, es mejor que esperes.

Los del combate de fondo no se preparaban en la cabina común. Los del combate de semifondo acababan de entrar. Uno de ellos silbaba mientras se iba desnudando. Ninguno de los dos había saludado. Paco lo esperaba. Cada uno estaba pensando en el combate; cada uno sentía cómo el miedo le ascendía por las piernas, por el vientre, hasta el estómago.

—Ya han acabado —dijo el segundo.

—¿Vamos? —preguntó Paco.

—Deja que entren.

Bustamante miraba hacia la puerta. Se oían los aplausos y silbidos del público. Paco estaba de pie con la bata puesta. Su segundo le alargó una toalla, que se puso en torno al cuello. Se abrió la puerta y entró un muchacho sostenido por su segundo, que hizo una seña, significando la derrota. El muchacho apenas podía tenerse en pie y le ayudaron a echarse sobre la mesa de masaje. En seguida entró el ganador.

—Vamos —dijo el segundo.

Paco le siguió mansamente.

—Calma —dijo el segundo.

Ya caminaban por el pasillo entre la gente. Paco se estiró. Le llegaban los aplausos, como una calentura, hasta las sienas, que le palpitaban fuertemente. Ya sentía a sus partidarios. A sus primeros partidarios, que se habían pronunciado a su favor. Los sentía en los aplausos y en las palabras de aliento y en su deseo de violencia.

Saltó al *ring* y saludó con la mano derecha en alto.

Se fue a la escuadra. Vio a Bustamante saltar al *ring* y saludar. Calibró los aplausos.

—Las manos.

Casi se sorprendió ante la exigencia del árbitro. Extendió sus manos y el árbitro cumplió el trámite.

—Lo que te he dicho, no lo olvides —dijo el segundo.

—Bien.

Paco se quitó la bata y se la puso por los hombros. Después se calzó los guantes. Volvió a saludar con el puño enguantado cuando el *speaker* dio su nombre y su peso.

No tenía miedo. No sentía el cuerpo. Estaba más ligero que nunca. Los aplausos le levantaban. Los llamó el árbitro al centro del *ring*. Les hizo las recomendaciones de costumbre y encareció la combatividad: eran profesionales. Volvió cada uno a su rincón.

«Tengo que ganar», pensó. Abrió la boca y el segundo le colocó el protector. «Tengo que ganar —pensó— para ellos. Tengo que ganar este combate para mi padre y su orgullo, para mi hermana y su esperanza, para mi madre y su tranquilidad. Tengo que ganar.»

—Haz lo que te he dicho —dijo el segundo.

Entonces sonó la campana y se volvió. Estaban esperándole.

(1957)